

*“La mejor manera para que la opinión pública no pese en la conducción de una guerra es que no sepa exactamente lo que está pasando en ella” (Carlos Fazio, docente y periodista en México) <sup>i</sup>*

## PARTE I: DESMITIFICAR LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS

---

### Introducción

Como parte de mi investigación de doctorado en la Universidad de Bristol, durante cuatro meses visité diariamente un centro de rehabilitación del norte de México. De octubre de 2014 a enero de 2015, mi rutina de todos los días consistió en reunirme con ex narcotraficantes para escuchar historias contrastantes: por un lado historias de violencia intrafamiliar, abuso infantil, violencia de pandillas y drogadicción. Por otro lado, asesinatos, robos, extorsiones, tortura y traición. Poco a poco, fui recogiendo los testimonios de 33 hombres que alguna vez dedicaron su vida al narcotráfico, al peligro, al dinero y al poder.

Mi idea original era explorar el impacto de la violencia del narcotráfico en niños y jóvenes de bajos recursos. En ese entonces, yo pensaba que existía una clara división entre estos grupos vulnerables y los narcotraficantes. Sin embargo, desde mis primeros encuentros con personas del centro, me percaté de que muchos de estos niños habían crecido para convertirse en parte de la misma maquinaria de violencia que los había amenazado mientras crecían. Después de escuchar el testimonio de decenas de ex narcotraficantes, me di cuenta de que, en la realidad, la línea que divide víctimas y victimarios es muy borrosa. Fue así como decidí estudiar a fondo las historias de vida de aquellas personas que yo había prejuzgado como “los malos” de esta película que los gobiernos han llamado “la guerra contra el narcotráfico”. Y le llamo película porque, como explicaré más adelante, es una lucha basada en numerosas ficciones, distorsiones y mentiras detrás de las cuales no hay justificación coherente.

He pasado incontables horas analizando las narrativas de los 33 participantes de mi investigación, como me referiré a ellos de ahora en adelante. En un principio, cuando los entrevisté, escuché sus testimonios con curiosidad. Después, durante un largo proceso de análisis, he experimentado una montaña rusa de emociones: enojo, dolor, angustia, terror, compasión, tristeza, pero al final siempre termino con un sentimiento de impotencia. Sus historias me ayudaron a visualizar lo que significa vivir en pobreza, y me confirmaron la existencia de un sistema que permite que millones de mexicanos sobrevivan en condiciones francamente deplorables.

Es importante tomar en cuenta que todas las historias de este libro son exitosas; los participantes se encontraban entonces dentro de un programa de rehabilitación de adicciones y decidieron compartir conmigo su camino hacia la redención. No obstante, la mayoría de los involucrados en esta guerra no tienen tanta suerte. Todos y cada uno de los participantes vieron morir a personas cercanas,

frecuentemente de forma terrible. En todos los casos, estas personas evidenciaron el terrible sufrimiento de sus comunidades –amigos, vecinos, familia– y aunque ellos lograron salir de ese contexto, dejaron a muchas personas detrás. Por esta razón me frustra que nuestra atención se concentre en lo que considero el enemigo equivocado, y que los recursos que hacen tanta falta para combatir los problemas que sí merecen toda nuestra atención, como la violencia doméstica, el abuso infantil y la violencia de género, se desperdicien en una guerra injustificada.

Por eso, antes de adentrarme en sus historias, quiero empezar este libro desarticulando algunos de los mitos que impiden que entendamos la realidad de la guerra contra las drogas. Debo aclarar que esta no es una apología del crimen; nunca condonaré los actos violentos de los participantes de mi investigación. En cambio, me propongo a ofrecer un horizonte desde el cual acercarnos a las experiencias de las personas cuyas vidas han sido marcadas por su participación en esta película de guerra donde les tocó ser “los malos”. Con este fin, necesitamos retroceder en el tiempo y empezar por el principio: ¿Cómo fue que el uso recreativo de las drogas se criminalizó? ¿Cómo el consumo de drogas pasó de ser una cuestión de política interna de Estados Unidos a una “amenaza” internacional? ¿Cuál ha sido el papel de México y los mexicanos en todo esto? Y sobre todo, ¿quiénes se benefician de esta guerra?

### ¿Por qué luchamos contra las drogas?

Después de escuchar una gran cantidad de relatos personales tan turbulentos como desgarradores, muchas cosas que había creído ciertas sobre el tema dejaron de tener sentido. Más aún, con cada relato de los 33 que recopilé y gracias a las muchas otras historias que no lograron ser parte de mi estudio, pude confirmar mis primeros hallazgos sobre el clima de crueldad e inseguridad que se vive en el país. Así, tras ocho años de estudio, llego a la misma conclusión a la que han llegado muchas otras personas antes que yo: estamos peleando una guerra que se produjo y se sostiene con fines políticos y que no nos corresponde. Una guerra que ocurre desde hace al menos cuarenta años y que los gobiernos de Estados Unidos, que la defienden y perpetúan, no tienen intenciones de detener. Precisamente por su larga duración, se han perdido de vista sus orígenes. Esto, aunado a la persistente desinformación sobre el tema, reproduce los mitos que se han generado a lo largo del tiempo en torno a ella.

Cuando hablo de mitos, me refiero a las historias imaginarias que crean las sociedades. Estos se basan en circunstancias o cualidades reales de una persona, cosa o evento, pero alteran o exageran la realidad. Por eso creo que esta es la palabra más apropiada para explicar el conjunto de ideas que prevalecen sobre el uso recreativo de las drogas, y el combate al narcotráfico. En todos los casos, las ideas sobre la guerra contra las drogas tuvieron un origen en hechos comprobados pero se tergiversaron hasta convertirse en fantasías distorsionadas sobre lo que ocurría.

La Tabla 1, resume los ocho mitos más comunes sobre el tema. En las siguientes secciones discutiré cada uno de ellos, y los desmentiré con base en la

evidencia disponible y mi propio análisis. Esto me permitirá plantear una visión más clara de los verdaderos intereses detrás del combate al narcotráfico en México y echar luz sobre las redes del problema que terminan por atrapar a personas como los protagonistas de las historias de este libro. Lo más importante es alejarnos de las versiones simplistas de buenos contra malos. Hasta ahora nos han presentado a los narcos como los malos de la película, pero como en toda buena trama, los verdaderos villanos no son quienes esperamos.

TABLA 1

MITO	REALIDAD
1. <i>Las drogas son “una amenaza” para la sociedad y por eso se declaró la guerra contra el narcotráfico.</i>	La guerra contra las drogas, tanto en Estados Unidos como en México, se inició con fines políticos.
2. <i>La clasificación de las drogas en legales e ilegales se basa en evidencia científica.</i>	La clasificación que divide a las drogas en legales e ilegales no se basa en las propiedades farmacológicas de las sustancias. Existen drogas legales como el alcohol y el tabaco que son tan dañinas como otras drogas que arbitrariamente se han declarado como ilegales.
3. <i>México tiene un severo problema de adicciones.</i>	En términos proporcionales, y comparando la situación con la de Estados Unidos, México nunca ha tenido problemas significativos de adicciones.
4. <i>El narcotráfico sólo se puede combatir con la intervención del ejército.</i>	El involucramiento de los ejércitos y la estrategia de “mano dura” no han conseguido sus objetivos: ni la oferta ni la demanda de drogas han disminuido. Al contrario, estadísticas recientes demuestran que la demanda ha incrementado. Ni con la captura del Chapo Guzmán, quien se presumía era el narco más poderoso del mundo, ha disminuido el flujo de drogas a los Estados Unidos. De hecho, este ha aumentado.
5. <i>El dinero del narcotráfico se lava en los países de tercer mundo donde las instituciones son corruptas.</i>	Un estudio reciente demuestra que las instituciones que lavan más dinero del crimen organizado son de Estados Unidos y Reino Unido. Ambos países son líderes en la guerra global contra el narcotráfico.
6. <i>La guerra contra las drogas ayuda a combatir el crimen organizado.</i>	Gracias a que la atención mediática y los recursos económicos se concentran en perseguir narcotraficantes y confiscar estupefacientes, los delitos de trata de personas, tráfico de órganos, explotación y pornografía infantil, se fortalecen al

	permanecer al margen de la guerra contra las drogas.
7. <i>Los narcotraficantes son los únicos culpables de la muerte, tortura y desaparición de cientos de miles de personas en México.</i>	La violencia del narcotráfico es consecuencia de la interacción de al menos dos actores. El gobierno también es responsable de las muertes de personas inocentes que han tratado de ser encubiertas bajo el término de daños colaterales. En México, organizaciones no gubernamentales y la Comisión Nacional de Derechos Humanos han denunciado la práctica sistemática de tortura y abuso de autoridad por parte de policías y militares.
8. <i>La guerra del narcotráfico se lanzó para proteger a los ciudadanos.</i>	La violencia que resulta de la persecución a los narcotraficantes ha dejado cientos de miles de muertos y desaparecidos en México y los índices de seguridad ciudadana han disminuido. Los que se han beneficiado son las industrias armamentistas y los gobiernos intervencionistas que más que ganar la guerra buscan perpetuarla.

¿Cuándo se declaró la guerra contra las drogas?

Para contextualizar todo lo que escuché durante los 120 días que pasé en el centro, tuve que comenzar por cuestionar los orígenes del problema. Sabemos que el primero en articular la guerra contra las drogas fue el presidente estadounidense Richard Nixon. En 1971, Nixon declaró en una rueda de prensa que el abuso de las drogas se había convertido en el enemigo público número uno de Estados Unidos. Dos años después, en 1973, Nixon creó una agencia especial para investigar y controlar todos los problemas relacionados con el uso de las drogas en el país, la Administración para el Control de Drogas (DEA por sus siglas en inglés)<sup>ii</sup>. Esta medida respondía al incremento del uso de la heroína, marihuana y alucinógenos en los estudiantes jóvenes.

Existen versiones de que Nixon inició esta lucha por motivos políticos, con el objetivo de perseguir a líderes estudiantiles que se oponían a la guerra de Vietnam, y a grupos de activistas afroamericanos que luchaban por los derechos civiles. Aunque no se ha podido comprobar, hay evidencia de que Nixon tomó la decisión de criminalizar el uso de drogas después de que supo que 49% de los estudiantes que protestaban por la guerra de Vietnam consumía marihuana, en contraste con un 10% de los estudiantes conservadores<sup>iii</sup>. Lo que sí tenemos claro es que la administración de Nixon abordó el tema como un problema de salud pública, enfocándose en la educación, prevención y rehabilitación<sup>iv</sup>.

Años más tarde, Ronald Reagan fue quien diseñó, financió y expandió a nivel internacional la guerra contra las drogas. La prioridad que su gobierno otorgó al asunto

se reflejó en el incremento del presupuesto anual asignado, el cual aumentó de 56% en 1981 a 71% en 1987 <sup>v</sup>. A principios de su primera administración (1981-1984), Reagan comenzó con la política de mano dura y “cero tolerancia”. Además, anunció el incremento del presupuesto para apoyar la estrategia de prohibición, así como penas más duras para los consumidores de drogas ilegales. El cambio estratégico más importante fue la incursión del ejército en el combate contra el narcotráfico. Igualmente crucial fue la campaña mediática dirigida a las familias blancas de clase media, liderada por la primera dama Nancy Reagan, cuyo eslogan, “Sólo di no” (*Just say no*), se convirtió en el estandarte moral del combate a las drogas.

Luego, durante su segunda administración, Reagan concretó la expansión de esta guerra a nivel internacional. En 1986 invitó a Washington a los representantes diplomáticos de países involucrados en la producción y tráfico de drogas, incluyendo a México. En esta reunión resaltó la urgencia de combatir el narcotráfico y pidió a las naciones invitadas su cooperación para luchar juntos contra la amenaza de las drogas <sup>vi</sup>. Hasta la fecha, los gobiernos estadounidenses posteriores han continuado con la agenda antidrogas, y con la estrategia militar para combatir el narcotráfico dentro y fuera de los Estados Unidos.

Lo más importante que quiero resaltar es que a partir de la administración de Reagan, los gobiernos estadounidenses han fusionado cuatro temas completamente diferentes en la noción de “guerra contra las drogas”: el uso y abuso de las drogas ilícitas; el comercio ilegal de drogas ilícitas; la guerra contra las drogas; y el lavado de dinero <sup>vii</sup>. Este amalgama de temáticas ha contribuido a la confusión que yo misma encaré a la hora de analizar las historias de mis participantes y que veo en los rostros de las personas cada que comparto mis experiencias al respecto. Ciertamente, aunque suelen ser vistos en conjunto, estos cuatro temas evocan retos distintos, y por ende, se tendrían que enfrentar uno por uno y de manera diferente.

Por un lado, el consumo de drogas se tendría que abordar desde la evidencia científica, como lo sugiero en la siguiente sección, y el abuso de drogas debería tratarse desde la salud pública. Por otro lado, el tráfico de drogas ilícitas y el lavado de dinero son problemas que tienen sus raíces en la prohibición misma. Por lo tanto, si se legalizaran y regularan las sustancias que actualmente son ilegales, se podría tratar a las adicciones como la enfermedad que son, en lugar de considerarlas un crimen. Asimismo, el delito de lavado de dinero se podría perseguir junto con las otras actividades del crimen organizado, como son la trata de personas y el tráfico de armas.

¿Quién decide qué drogas son legales o ilegales?

Las drogas no siempre han estado prohibidas y la historia de su restricción como la conocemos es muy reciente. De hecho, el modelo de prohibición que justifica la guerra contra las drogas se basa en un acuerdo entre países llamado la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961. Aunque en 1988 se renombró como Convención

de las Naciones Unidas Contra el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y Sustancias Sicotrópicas, en términos generales, este es el primer tratado internacional en el que los países integrantes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) acordaron tener un control más estricto de una lista de narcóticos clasificados en diferentes grupos supuestamente de acuerdo con su nivel de riesgo de adicción.

En dichas listas, que aún existen y se respetan, se estipula qué sustancias son más peligrosas y se recomienda que sólo se utilicen con fines médicos y científicos. No obstante, irónicamente, estas clasificaciones no se basan en evidencia científica, es decir, farmacológica. Fuera de que a estas listas se han ido agregando nuevas sustancias usadas con fines recreativos, poco se han modificado desde su creación. Pero, de todos modos, los países que somos parte de esta convención seguimos sujetos a un conjunto de ideas y valores que imperaban sesenta años atrás, y que respondían a una realidad muy distinta a la actual.

Esto que planteo no es nuevo. Expertos en la materia, académicos y hasta un grupo de expresidentes a nivel mundial, incluyendo al mexicano Ernesto Zedillo, han señalado las inconsistencias y contradicciones en los documentos oficiales las Naciones Unidas respecto a las drogas<sup>viii</sup>. Todos ellos resaltan la poca confiabilidad, y la naturaleza arbitraria con la que esta organización, liderada por los Estados Unidos, ha decidido prohibir ciertas sustancias y permitir el consumo legal de otras. O sea, la clasificación binaria de drogas “buenas” y “malas”, “legales” e “ilegales” no responde a la composición y propiedades de las sustancias. De hecho, ni si quiera existe un entendimiento único ni transparente de lo que se entiende por “drogas”.

Por ejemplo, hablemos de los narcóticos. Diversos foros internacionales, medios de comunicación y el mismo concepto de narcotráfico, hacen referencia al término narcótico para indicar las sustancias clasificadas como ilegales. Sin embargo, este concepto es ambiguo. El término “narcótico” se utilizó por primera vez en 1914 en Estados Unidos para referirse a la cocaína y los opiáceos<sup>ix</sup>. Más tarde, en 1994, la Organización Mundial de la Salud (OMS) definió los narcóticos como sustancias químicas que inducen “estupor, coma o insensibilidad al dolor... se refiere normalmente a los opiáceos u opioides, que se denominan analgésicos narcóticos”. En esta misma definición, la OMS reconoce que este término se utiliza “de forma imprecisa para referirse a las drogas ilegales, sean cuales sean sus propiedades farmacológicas”. Así es como existen sustancias ilegales, referidas como narcóticos pero cuyos efectos son opuestos a los opiáceos – drogas que causan euforia, hipersensibilidad, alucinaciones, etc. Esta confusión conceptual refleja la arbitrariedad con la que se ha clasificado las denominadas drogas ilegales.

Otra manera en que las drogas han sido clasificadas ha sido separándolas entre medicinales y psicoactivas<sup>x</sup>. Estas últimas incluirían estimulantes como la cocaína y las anfetaminas; depresivos, como la heroína y los barbitúricos; y alucinógenos como la marihuana, el éxtasis y ácidos. No obstante, desde un punto de vista científico, esta división no tiene sentido porque algunas drogas definidas como recreacionales son utilizadas también con fines medicinales. Por ejemplo, la cannabis es utilizada como

agente psicoactivo, pero también para tratar esclerosis múltiple y artritis. Los opioides, como la heroína, son usados recreacionalmente, pero también tienen un uso importante para aliviar el dolor en pacientes, como en el caso de la morfina.

En este sentido, el neurofarmacólogo británico David Nutt<sup>xi</sup>, señala la incompatibilidad de las clasificaciones oficiales sugiriendo que si entendemos el concepto de drogas como aquellas sustancias psicoactivas que alteran nuestro estado de ánimo, entonces se tendrían que incluir en las listas de drogas prohibidas el alcohol, el tabaco, la cafeína, así como un amplio rango de sustancias que están lejos de considerarse como narcóticos, tales como las medicinas para el dolor, el azúcar y hasta algunas infusiones herbales. El caso más claro de la incongruencia de esta clasificación es el alcohol. Está comprobado que el abuso de esta sustancia está ligado a múltiples problemas sociales y de salud. Pero esta evidencia se ha ignorado por defender los intereses económicos de las industrias involucradas, además del ingreso que el estado recibe de los impuestos a estos productos <sup>xii</sup>.

Así, en 2010, un grupo de veinte científicos, entre ellos expertos en psicofarmacología, examinaron y evaluaron 20 drogas psicoactivas, legales e ilegales, en el Reino Unido. Ellos encontraron que, en términos de daños al consumidor y daños a terceros, el alcohol es la droga más dañina, seguido por la heroína, la piedra (cocaína sólida mezclada con otros activos), las metanfetaminas, la cocaína y el tabaco <sup>xiii</sup>. El grado de peligrosidad del alcohol también ha sido destacado en el Reporte Anual 2020 de las Naciones Unidas en el que se advierte que a nivel mundial “la embriaguez puede ser un factor importante del homicidio” y que “el alcohol parecería desempeñar un papel más importante que las drogas en la violencia”. El Reporte también destaca que la correlación entre uso de drogas y delincuencia no tiene sustento ya que existen otros factores adversos más importantes “derivados de los riesgos individuales, las circunstancias familiares y la presión de grupo”<sup>xiv</sup>.

Por lo tanto, como no existe un criterio claro y coherente de clasificación de drogas, no podemos seguir defendiendo la política prohibicionista invocando a la evidencia científica. De lo que sí tenemos evidencia es que existe un grave problema de seguridad a nivel internacional generado por la prohibición del consumo de ciertas sustancias con fines recreativos. De hecho, la violencia y los crímenes asociados a las drogas no son inherentes a su uso, ni siquiera a su mal uso. Los altos índices de criminalidad se relacionan con su producción, venta y transportación. En este sentido, muchos expertos señalan que si se descriminalizaran las drogas y se regularan por el estado de la misma manera que se han regulado el tabaco y el alcohol, se reducirían considerablemente los índices de violencia a nivel mundial, sobre todo en los países productores, como México <sup>xv</sup>

Esto no quiere decir que al legalizar las drogas no existirán problemas relacionados con el mal uso de éstas. De hecho, las historias que presento en este libro ponen de manifiesto que las adicciones son un asunto complejo con consecuencias graves, y de largo plazo, tanto para quienes las viven como para quienes los rodean. Sin embargo, vale la pena considerar un escenario donde elimináramos la variable

“ilegal”. Si no hubiera drogas ilegales, los enfrentamientos entre cárteles y ejército se reducirían, y las adicciones se abordarían como lo que son: una cuestión de salud pública. Lo más importante es que si se terminara tajantemente con la persecución de narcotraficantes, entonces los recursos se podrían redirigir para enfrentar los verdaderos enemigos de nuestra sociedad: la explotación sexual y trata de personas, el tráfico de órganos y el abuso de menores.

Hasta ahora, la crueldad y prevalencia de estos crímenes se encuentra diluida porque la atención mediática y recursos del gobierno se han centrado en la cacería de personas que venden sustancias ilegales. No obstante, la persecución de narcotraficantes pierde magnitud al compararla con el daño que ocasiona el crimen organizado: quienes trafican con personas, aquellos que sin piedad se atreven a vender niños y niñas al mejor postor, ya sea para violarlos para explotarlos laboralmente de por vida, o para extirparles órganos y después venderlos en el mercado negro. Suena a exageración, pero si algo me queda claro tras la experiencia de investigar y escribir este libro es que hay un universo de injusticias que no estamos viendo por estar concentrados en el “enemigo” equivocado.

Los invito a reflexionar: ¿Cómo llegamos a creer que es más importante perseguir personas que trafican con sustancias ilícitas, que son vendidas a quienes voluntariamente las quieren consumir, en vez de declarar una guerra igualmente incansable para atrapar a quienes explotan y abusan de personas inocentes? El mercado de compra y venta de personas es el negocio ilegal que deberíamos de estar persiguiendo. Los ingresos económicos del crimen organizado, excluyendo el narcotráfico, generan alrededor de 300 billones de dólares anualmente <sup>xvi</sup>. Tristemente, así de rentable son los negocios de la prostitución, tráfico de personas, extorsión, y el tráfico ilegal de armas.

¿Cómo se fabricó la “amenaza de las drogas”?

La mejor manera que he encontrado para explicar lo absurdo que es la guerra contra las drogas es compararla con otra historia de ficción: la película “La Aldea” [The Village]. La trama se desarrolla en una pequeña comunidad en los Estados Unidos durante lo que parece ser el siglo XIX. Esta aldea se encuentra rodeada por un bosque y los pobladores viven en paz pero con el constante temor de ser atacados por las criaturas que habitan en él. Existen historias y leyendas sobre estas criaturas, pero nadie las ha visto. Es tanto el miedo de los pobladores que ni siquiera les han asignado un nombre y se refieren a ellas como “aquellos de quienes no hablamos”. Lo único que los aldeanos saben es que los mayores de la aldea acordaron una tregua con estos monstruos: mientras ellos no crucen la frontera que divide su aldea con el bosque, no serán atacados. A pesar de que existe este acuerdo, el temor es tan grande que los habitantes construyeron una torre desde la cual vigilan, día y noche, que las criaturas no se acerquen a su comunidad.



Casi al final de la película, una necesidad médica obliga a la aldea a buscar ayuda del exterior. Entonces, una joven ciega cruza el bosque para descubrir que, más allá de éste, la gente vive en el siglo XXI con todos sus avances y comodidades. Finalmente la aldea se revela como una ficción creada por los mayores para protegerse de la civilización moderna, la cual veían como un peligro que los llevó al aislamiento.

Podemos comparar la amenaza de las drogas a la de las criaturas, “aquellas que no se pueden nombrar”. Es decir, de la misma forma que en “La aldea” establecieron un enemigo imaginario para mantenerse al margen de la civilización, la necesidad de una guerra abierta y prolongada surgió como una reacción exagerada, extrema y desatinada para “protegernos” de una práctica contemporánea sobre la que se temía perder el control –el consumo de estupefacientes. Para convencernos de adoptar esta solución radical, los Estados Unidos, en colaboración con otros países desarrollados como el Reino Unido, crearon la narrativa de la “amenaza de las drogas”. En este punto, a principios de los setentas, empezó el mito. Una realidad, el incremento del consumo de sustancias por grupos de jóvenes, se tergiversó y sin sustento científico, se creó la idea de que las drogas son dañinas para toda la sociedad.

Este mito, sin embargo, no es el más perjudicial. Lo peor de esta historia es que, si en “La aldea” las criaturas eran imaginarias, en nuestro caso literalmente creamos al enemigo: los narcotraficantes. Al prohibir su consumo, surgió el mercado negro de las drogas. En un principio no existían los cárteles como los conocemos ahora. Los vendedores eran jóvenes y adultos, en su mayoría de clase media, quienes las consumían con fines recreativos. Los problemas de adicciones y delincuencia ligados a su uso no eran significativos.

Sin embargo, como para lanzar una guerra se necesita el apoyo popular, el gobierno lanzó una campaña mediática para propagar el discurso de la “amenaza” de las drogas y generar miedo en la población. Y así fue como exagerando una realidad y creando un enemigo, los Estados Unidos se autodefinieron como defensores de las “víctimas” y protectores legítimos de la sociedad mundial.

En la película, las criaturas humanoides tomaron forma y vida gracias a que los mayores de la aldea fabricaron disfraces con los cuales se dejaban ver ocasionalmente para alimentar el mito de su amenaza. El resto lo generó el temor mismo a estas apariciones y lo que podrían causar. De la misma manera, el discurso oficial o prohibicionista sobre las drogas promueve una narrativa negativa sobre lo que conocemos como drogas ilegales a través de los medios de comunicación. Las historias que comúnmente vemos en los periódicos y noticieros se enfocan en reportar casos extremos de adicciones que se confunden con el uso recreativo de sustancias. De esta manera, el discurso oficial, al resaltar constantemente los casos más excesivos del mal uso de drogas ilegales, ha generado en la sociedad una percepción de amenaza y peligro ligada a estas.

Para entender mejor cómo funciona esta narrativa, podemos compararla con el tipo de noticias comunes sobre sustancias legales. Por ejemplo, cuando los medios

publican estadísticas que demuestran la correlación entre el consumo de alcohol y el comportamiento agresivo, o cuando reportan un accidente automovilístico provocado por una persona que conducía en estado de ebriedad, lo que generalmente se exige es mayor control por parte de las autoridades, o buscar hacer consciencia en la sociedad; rara vez se exige la prohibición del consumo del alcohol.

De igual forma ocurre con el tabaco. Aunque está comprobado que la nicotina es más adictiva que otras sustancias clasificadas como ilegales, no se ha abogado por la prohibición de su uso, pero sí por una regulación más estricta de su comercialización. A nivel mundial se ha reconocido el daño que produce y se ha reglamentado su venta para desincentivar su consumo a través de mayores impuestos y mensajes y fotografías en los empaques que advierten de los riesgos de fumar en exceso.

En el caso de las drogas ilegales, en cambio, se argumenta que su uso inevitablemente lleva a la adicción. A su vez, la adicción se asocia con incidencia criminal. Sin embargo, no hay evidencia que justifique estas conclusiones que, además, excluyen aspectos importantes, como el estatus socioeconómico y la salud mental de los consumidores. Por esta razón, las estadísticas que se presentan para justificar la guerra contra las drogas se tienen que leer con precaución ya que la mayoría de las veces no tienen sustento o son manipuladas políticamente <sup>xvii</sup>.

Otra idea con la que me he topado y que se utiliza constantemente para justificar la prohibición de las drogas es que el usar drogas “blandas”, como la marihuana, llevará a los consumidores a usar drogas más peligrosas, como la heroína o la cocaína. A estas alturas no resultará sorprendente afirmar que sobre esto tampoco hay evidencia. Durante mi investigación, no identifiqué ningún estudio que compruebe estadísticamente que un consumidor de cannabis, por ejemplo, terminará eventualmente consumiendo y sufriendo una adicción fuerte a la heroína. Lo que sí se ha demostrado, y mis charlas con exnarcotraficantes lo confirman, es que el mal uso de las drogas, o la adicción, generalmente se da en contextos de bajos recursos económicos y en donde existen condiciones preexistentes de violencia <sup>xviii</sup>. Es decir, el abuso de las drogas ilícitas es un síntoma de condiciones de vida tan desalentadoras que los individuos buscan escapar a su realidad a través del consumo de sustancias que los alteran. Cuando esa realidad con el tiempo no mejora, e incluso empeora, surgen las adicciones.

### ¿Vamos ganando la guerra contra las drogas?

Durante mis conversaciones con 33 hombres que vivieron en carne propia los efectos de la guerra contra el narcotráfico, algo que me llamó la atención fue que cada uno de los exnarcotraficantes con los que platicué había crecido rodeado de decenas de jóvenes como él que aparecían y desaparecían de sus historias con facilidad. Todos estos niños y muchachos habían sido soldados en la misma guerra y sus destinos eran similares: muerte, adicciones, discapacidad, enfermedad, cárcel o continuar con la misma vida de crimen hasta que

cualquiera de esas otras cosas sucediera. Y entre todo ello, ninguno de mis entrevistados mostró ni la más mínima señal de que el negocio de las drogas estuviera sufriendo, de que los grupos armados tuvieran problemas consiguiendo reclutas, o de que el ciclo de enfrentamientos entre narcos y gobierno estuviera de alguna manera llegando a su fin.

Más tarde, cuando busqué datos confiables para colocar aquellas anécdotas en un contexto más amplio, entendí lo que las historias de los exnarcotraficantes nos dicen entre líneas: el negocio del narcotráfico no disminuye porque está protegido por personas e instituciones políticas en los países consumidores, como los Estados Unidos. En efecto, las estadísticas comprueban que, a pesar del aumento de recursos económicos destinados al combate al narcotráfico, el consumo de drogas a nivel mundial sigue en aumento. Según el Reporte Anual de las Naciones Unidas 2020, el número de consumidores a nivel mundial aumentó en un 0.6% de 210 millones de personas en 2009 a 269 millones de personas en 2018. El incremento de estos números indica que, si su objetivo es disminuir el uso de sustancias ilegales, la guerra contra el narcotráfico, intensificada desde el 2007 en México, no ha funcionado.

Quizá para evitar discutir estos números, los gobiernos nos han convencido de que el éxito de la guerra contra las drogas se debe medir a través del número de narcotraficantes encarcelados o abatidos. No obstante, las estadísticas demuestran que estas aprehensiones no tienen impacto en la disminución de la producción, venta o transportación ilegal de sustancias. Desde hace tres décadas, en México se han capturado a los narcotraficantes más importantes. Sin embargo el tráfico de drogas a Estados Unidos no se ha visto afectado. De hecho, recientemente se capturó y extraditó a los Estados Unidos a Joaquín Guzmán Loera, sentenciado en 2019 a cadena perpetua en aquel país. Con la recaptura de Guzmán Loera, quien nos dijeron era el narcotraficante más poderoso del mundo, se hubiera esperado una reducción considerable del flujo drogas, al menos a Estados Unidos, pero esto no sucedió. Al contrario, el tráfico de drogas ha aumentado<sup>xix</sup>.

Por esta razón, más allá de repetir el discurso falaz de que la culpa de la existencia del narcotráfico es de los consumidores, aquellos “villanos” que compran drogas en el mercado ilegal, hay que replantearnos no sólo la estrategia de militarización de la seguridad pública, sino el objetivo mismo de “luchar contra las drogas”. Es evidente que el propósito de evitar que más personas consuman las sustancias prohibidas no se está cumpliendo, pero se sigue poniendo en riesgo poblaciones enteras como la de México. ¿Por qué? ¿De qué ha servido militarizar la seguridad pública en nuestro país? ¿De qué han servido los miles de muertos, los desaparecidos, las víctimas de tortura? ¿Vale la pena la pérdida de tantas vidas o el sufrimiento de miles de familias por luchar en contra de las drogas mediante una estrategia que no es efectiva?

En cuanto al consumo de drogas es importante identificar quiénes tienen un problema significativo de abuso de drogas y quiénes sostienen la demanda. Estados Unidos ha reconocido que su población es la que tiene este problema, y que son sus ciudadanos quienes finalmente alimentan la oferta de los cárteles latinoamericanos. Lo

que no reconocen, al menos no públicamente, es que, contrario al discurso oficial, no sólo los pobres, latinos o afroamericanos son consumidores. Algunas drogas, como la cocaína, tienen un valor de mercado muy alto. ¿Quiénes lo están pagando? No son los mexicanos, ni los *junkies* de los barrios pobres de Nueva York.

En su Reporte 2020, las Naciones Unidas reconoce que “la prevalencia del consumo de drogas es mayor en los sectores más adinerados de la sociedad. No obstante, la transición del consumo a trastornos por consumo de drogas es más prevalente en las personas de menor nivel socioeconómico”. Esto sugiere que los problemas de adicción son un síntoma de problemas socioeconómicos preexistentes, como confirman las historias que componen *Morir es un alivio*. Así lo concluye el reporte: “los datos de varios países apuntan a la existencia de un vínculo entre los hábitos nocivos de consumo de drogas, los trastornos y los bajos ingresos. Esos hábitos parecerían ser menos comunes en los sectores más adinerados de la sociedad”. Las historias de vida narradas en este libro aportan detalles y matices que nos ayudan a visualizar de mejor manera la relación entre pobreza y adicciones.

Tras leer estos datos la conclusión es clara. Independientemente de nuestra postura respecto al uso recreativo de drogas, los mexicanos no podemos seguir ignorando lo obvio: la guerra contra las drogas no es nuestra, no nos corresponde ni responde a intereses ni a problemáticas de México. Además, en todo caso, la guerra como se nos ha planteado por los gobiernos estadounidenses ya se perdió hace mucho tiempo. Entonces, ¿por qué insistir en perpetuarla? Esta pregunta se responde contestando a otra:

¿Quiénes se benefician de la guerra contra las drogas?

En mis entrevistas con los participantes que ocuparon cargos de mayor rango en sus carteles, surgió de manera indirecta el tema de tráfico de armas y lavado de dinero. Cuando les pregunté cómo obtenían las armas en las organizaciones que trabajaban, uno de ellos me contestó que existía una especie de convenio con una empresa de Estados Unidos. No me dio más detalles, sólo me confirmó que en el cartel donde trabajaba tenían acceso a las mejores armas, e incluso equipo militar de la misma calidad que el del ejército mexicano. En otra entrevista, cuando mi interlocutor narraba su rutina del día a día, me contó que la mayor parte de las ganancias del cartel se invertía en pagar mordidas en ambos lados de la frontera, y que incluso llegó a tener un patrón estadounidense. Cuando le pregunté qué cargo dentro del cartel tenía esta persona, me contestó que nunca supo. Sólo sabía que era contador y su relación de trabajo consistía en ser su guardaespaldas. En mis notas de campo anoté esta anécdota, pero no le di mucha importancia. No fue hasta que, en otra entrevista, un excicario me explicó por qué sus jefes decidían asesinar reporteros. Cuando le pregunté porque mataban a los periodistas por denunciar las atrocidades de los carteles, si ellos mismos se encargaban de exhibir su crueldad dejando pancartas en los

cuerpos de sus víctimas, él me contestó que ellos no mataban por eso. En su experiencia, los periodistas que tuvieron este trágico destino fueron quienes se atrevieron a denunciar vínculos corruptos con políticos o empresarios. Me dijo que a los narcos no les importa ser exhibidos en los periódicos, pero a ellos sí, ellos sí tienen una reputación que perder. Nunca olvidaré sus palabras porque fue entonces que entendí quiénes son los verdaderos villanos de esta película. Los narcotraficantes, como mis entrevistados, sólo son los actores secundarios, el chivo expiatorio, el enemigo perfecto que toda guerra necesita.

Desde la academia, y el periodismo de investigación, se ha resaltado que la industria del narcotráfico también beneficia a las élites económicas con mayor peso político en Estados Unidos y otros países de primer mundo, por ejemplo, a través de la industria armamentista y los bancos<sup>xx</sup>. Se estima que más del 80 % de las armas utilizadas por los cárteles mexicanos son fabricadas en Estados Unidos, y que al menos la mitad de las ganancias anuales de los cárteles, entre \$500 mil millones y \$1 billón de dólares se lava en bancos estadounidenses (Mercille, 2011: 1643-1648). Incluso el expresidente Barack Obama reconoció que los Estados Unidos son corresponsables de la violencia del narcotráfico ya que las armas y equipo militar utilizado por los cárteles son traficados desde su país.

Un estudio reciente de documentos clasificados, el cual analiza la correspondencia confidencial entre burócratas estadounidenses y británicos, argumenta que la mayor parte del dinero proveniente del crimen organizado se lava en instituciones financieras de Reino Unido y Estados Unidos<sup>xxi</sup>. Irónicamente, ambos países son líderes en la campaña global en contra del narcotráfico y lavado de dinero. Los autores sugieren que los dos países han diseñado un sistema legal internacional que les permite ocultar “la realidad inconveniente” sobre cómo sus élites financieras se benefician de las ganancias del crimen organizado transnacional. Este estudio concluye que los organismos encargados de perseguir delitos relacionados con lavado de dinero fueron diseñados como “débiles” desde su creación de forma intencional. Es decir, no se les otorgan los recursos necesarios para realizar su trabajo. Además, quienes verdaderamente tienen el poder de hacer algo al respecto, los banqueros de estos países, no lo harán porque finalmente lo que les importa a los bancos es el dinero, venga de donde venga, “limpio o sucio”.

La guerra contra el narcotráfico favorece otros negocios del crimen organizado ya que desvía la atención tanto de los gobiernos como del público en general. El expolicía británico Neil Woods lo explica claramente en su libro *Good Cop, Bad War*. Woods decidió renunciar a su trabajo al darse cuenta de que la guerra contra las drogas no sólo era imposible de ganar, sino que gran parte de las ganancias del narcotráfico son utilizadas para financiar otros negocios del crimen organizado, como el tráfico de personas y la explotación laboral y sexual de menores. Esto lo confirman las historias de vida de los 33 exnarcotraficantes que entrevisté. Todos ellos, de una u otra forma, fueron explotados o abusados desde muy pequeños. Lamentablemente

vivimos en un país donde las cárceles están llenas de personas que venden sustancias ilegales, pero quienes destrozan la vida de cientos de miles de niños se pasean libremente por nuestras calles.

\*\*\*

¿Haiga sido como haiga sido? La guerra del narcotráfico en México

Mientras más me adentraba en la investigación, más me quedaba claro que el problema de la violencia del narcotráfico implica a fuerzas mucho más grandes y opacas que los jóvenes armados que deciden ingresar en una vida criminal como narcomenudistas o sicarios en sus colonias de origen. ¿Cómo fue que la lucha se movió de Estados Unidos a las calles de los barrios de todo México?

En primer lugar, sabemos que México se insertó en la cruzada internacional contra las drogas desde los años 80 en respuesta a los intereses de Estados Unidos. En esta década, los gobiernos mexicanos accedieron a cooperar con nuestros socios estratégicos en la persecución y captura de narcotraficantes, así como en la confiscación de cargamentos de marihuana, cocaína, entre otras drogas ilegales, antes de que cruzaran la frontera. Es decir, desde un inicio, el combate al narcotráfico no surgió como un problema doméstico, sino como extensión de la política interna del vecino del norte. Así comenzamos la guerra contra las drogas, siguiendo instrucciones de un gobierno extranjero y sin un planteamiento claro de que no era nuestro problema. Sin embargo, desde entonces, el territorio mexicano se ha convertido en el campo de batalla en donde el enemigo es tan abstracto como absurdo. Mientras tanto, el número de homicidios, torturas y desapariciones relacionados con la guerra contra el narcotráfico continúa en aumento.

¿Cómo es que las cosas se salieron tanto de control? He aquí donde hay que introducir la otra parte de la historia que comienza en la primera década del siglo XXI. Antes de las elecciones presidenciales del 2006, el entonces candidato Felipe Calderón Hinojosa declaró en una entrevista televisiva que si llegaba a ganar, “como dicen en mi tierra: haiga sido como haiga sido”, sus rivales tendrían que aceptar su triunfo. Tal vez el expresidente no lo imaginó en ese momento, pero esta frase se volvería tan profética como provocadora de cara a la gran polémica que se desataría sesenta y cinco días después de las elecciones, cuando el Tribunal Electoral del poder Judicial de la Federación (TEPJF) declarara su triunfo.

Es importante recordar que esta elección presidencial ha sido una de las más controvertidas en la historia de México, pues Calderón superó con tan solo 0.56 % de ventaja a su opositor, Andrés Manuel López Obrador<sup>xxii</sup>. A partir de entonces, y después de que tomara protesta como presidente de México en medio de gritos y sombrerazos, dentro y fuera del palacio legislativo de San Lázaro, Felipe Calderón

emprendió una lucha por demostrar su legitimidad. Este es el telón de fondo, y para muchos el origen de la declaración oficial de la guerra contra las drogas en México.

Cuando comencé a investigar este tema, mi intuición era que la llamada guerra contra las drogas no había sido una estrategia planeada, y que más bien había respondido a fines políticos de Calderón y su gobierno. Después de revisar la literatura académica sobre este sexenio confirmé mis sospechas.

En primer lugar, Calderón justificó el lanzamiento de la guerra contra las drogas argumentando que el consumo de drogas en México había aumentado como resultado del reforzamiento de la seguridad en la frontera con Estados Unidos después de los atentados del 11 de septiembre. Según esta teoría, las drogas que no se podían vender en el vecino país, se consumían en México. Pero en realidad, este argumento no tenía, ni tiene, fundamento estadístico. Según la Comisión Nacional contra las Adicciones (CONADIC), entre el 2002 y el 2008 sólo se registró un incremento del 0.4% en el consumo de drogas a nivel nacional. Este incremento difícilmente podría justificarse como una amenaza a la salud pública, sobre todo si consideramos que, como expliqué antes, el consumo dista mucho de terminar en adicción.

En segundo lugar, la administración de Calderón aseguraba que la violencia relacionada con el narcotráfico había crecido considerablemente y se había convertido en una amenaza constante para la ciudadanía. Respecto a este supuesto incremento, según los reportes del INEGI, hasta el 2007 el número de homicidios disminuyó constantemente de 1992 a 2007. El número total de homicidios en México se redujo más de un tercio, de 14,520 en 1990 a 8,507 en 2007 (Escalante, 2009). Si bien es cierto que los enfrentamientos entre cárteles rivales se incrementaron en algunas ciudades del norte del país, este problema no requería de una estrategia federal.

Finalmente, Calderón justificó la urgencia de la guerra argumentando que la corrupción había cooptado las policías locales y estatales del país. Por lo tanto, era necesaria la incursión del ejército, cuyos elementos eran menos corruptibles. Este argumento si se podía sostener, hasta la fecha. Sin embargo, lo que no se podía sustentar es para poder enfrentar la corrupción en las instituciones policiales era necesaria una guerra contra el narcotráfico.

A pesar de que ninguno de sus argumentos se apegaba a la realidad, tan sólo diez días después de que tomó la presidencia, el 11 de diciembre de 2006, Felipe Calderón declaró que los cárteles amenazaban la soberanía del estado y que poco a poco estaban cooptando más territorios. Por ello, para enfrentarlos, su gobierno utilizaría toda la fuerza pública. Creo que he dejado claro que esta declaración es una realidad aumentada y la estrategia resultante, exagerada. Sin embargo, esto no quiere decir que la violencia del narcotráfico no representara un riesgo para la sociedad.

En mi trabajo como investigadora no cuestiono la peligrosidad de los cárteles; las historias de vida de mis participantes dan fe de que estas organizaciones son letales.

Lo que sí objeto es la falta de transparencia y la manera despótica con la cual el expresidente de México lanzó esta guerra: ¿Era la amenaza de los cárteles tan urgente, tan crítica que Calderón no podía esperar un par de meses para diseñar una estrategia más efectiva e integral, obtener mejor equipo y, lo más importante, diseñar una intervención de seguridad menos violenta? Es verdad que, como lo expliqué anteriormente, la guerra contra las drogas es absurda e imposible de ganar. Sin embargo, haciendo a un lado este hecho, lo que más se le cuestiona a Calderón no es la declaración de la guerra en sí, sino la manera en la que se lanzó: con poca inteligencia y sin una estrategia integral, además de que no se crearon herramientas transparentes para identificar, contabilizar y castigar los delitos relacionados con la lucha armada.

La mayoría de los académicos, nacionales e internacionales, concuerdan en que esta declaración fue improvisada ya que Calderón no enfatizó este problema durante su campaña electoral. De hecho, nunca se mencionó la persecución a los cárteles como una de sus principales políticas de seguridad. ¿Por qué entonces declarar la guerra contra las drogas de forma tan espontánea?

Después de analizar el contexto en el que se inició la guerra contra las drogas en México, se puede deducir que ésta fue una estrategia para desviar el foco de atención hacia otro lado que no fuera la falta de legitimidad con la que Calderón asumió la presidencia. Otro punto que se debe cuestionar es la terquedad, o la arrogancia, con la que el expresidente se negó a cambiar de estrategia, cuando había claros indicadores de que la guerra se estaba perdiendo, apenas tres años después de lanzarla, en 2010<sup>xxiii</sup>. Si Calderón sabía que estaba perdiendo y además había reconocido en 2008 que más de la mitad de su policía era corrupta, ¿por qué continuar con el derramamiento de sangre?

Lo que hay que saber es que el problema de la violencia del narcotráfico en México no empezó como una cuestión de salud pública, como en fue el caso en Estados Unidos, ni tampoco como la respuesta al control territorial de los cárteles. Actualmente sabemos que los gobiernos mexicanos, y los estadounidenses a través de la DEA, estaban coludidos con el cartel de Sinaloa <sup>xxiv</sup>. En este sentido, todo apunta a que el gobierno de Calderón, a través del entonces secretario de seguridad pública Genaro García Luna, entabló una alianza con el cartel de Sinaloa. Ese era y sigue siendo el mayor problema en México: la corrupción de altos funcionarios en instituciones públicas, en especial aquellas dedicadas a la seguridad y las de impartición de justicia<sup>xxv</sup>. Otro problema sistemático es la impunidad que prevalece en el país, incluyendo los delitos cometidos por miembros del ejército, la cual, aunada a la corrupción, nutre y prolonga la violencia del narcotráfico.

Desde que Calderón declaró la guerra contra las drogas se nos ha dicho que los cárteles son los culpables de los altos índices de violencia en el país. Lo que no reconocen es que el gobierno también es responsable de las miles de muertes,



torturas y desapariciones que se encubren bajo el rubro de “daños colaterales”. A pesar de los llamados de decenas de organizaciones civiles, y la Comisión de Derechos Humanos, los militares no son procesados por los miles de casos de abuso de autoridad y tortura que han sido reportados desde hace décadas. Mi punto al mencionar estos casos de abuso de autoridades es resaltar que el incremento de violencia en México es consecuencia de la guerra contra el narcotráfico, no por el consumo de las sustancias ilegales. En otras palabras, nos está saliendo más caro el caldo que las albóndigas. No podemos seguir ignorando esta realidad que nos está costando tantas muertes, víctimas de tortura y desapariciones.

En México la militarización de la seguridad pública se justifica bajo la premisa de que “no hay otra alternativa” para combatir el crimen. En este proceso, hemos asumido como propio el discurso estadounidense que separa los “buenos” y los “malos” para justificar la muerte de los criminales y los “daños colaterales” de la guerra contra las drogas. El efecto de este discurso maniqueo es por demás significativo: nos ha desensibilizado ante la muerte de cientos de miles de mexicanos y mexicanas. Basta etiquetar como “narco” a una persona para que automáticamente se justifique su muerte, se minimice su sufrimiento bajo tortura, o se ignore su desaparición pues, “¿quién les manda a andar en el narcotráfico?” este reproche colectivo es sumamente peligroso porque implica la noción de que existen al menos dos categorías de vidas: las que vale la pena salvar y las desechables.

Las historias de los protagonistas de este libro nos ayudan a imaginar lo que significa saber que tu vida es desechable. Todos los participantes sentían que su vida no valía nada, que no tenían futuro, ni propósito de vida. Por lo tanto, desde su lógica, involucrarse en el narcotráfico, y otros crímenes, representó una opción de vida atractiva porque creían que no tenían nada que perder. La vida desechable es tan hostil y difícil de soportar que la muerte se considera como una liberación de tanto sufrimiento. Este razonamiento sustenta la idea que le da título a este libro: morir es un alivio.

El efecto del discurso miope de “ellos”, los malos, y “nosotros”, los buenos, nos impide ver los efectos secundarios, los famosos daños colaterales que afectan a los grupos más vulnerables. Como consecuencia de las más de 250 mil muertes ocasionadas por la guerra contra las drogas, se estima que aproximadamente 50 mil niños y niñas han quedado huérfanos, y alrededor de 23 mil jóvenes han sido reclutados por el crimen organizado<sup>xxvi</sup>. Estas cifras representan más que una estadística, estos números sombríos equivalen a la reserva mínima de menores que crecerán sintiéndose desechables, y que muy probablemente de una u otra forma terminarán involucrados en el crimen organizado. Y así se perpetúa el círculo vicioso que alimenta la absurda guerra contra el narcotráfico.

Entonces, ¿a quién ha beneficiado esta guerra? Una cosa es clara: a los ciudadanos no.

¿Por qué hablar con ex narcotraficantes?

En cualquier historia existen al menos dos versiones, la de los ganadores, aquella que se convierte en “la verdad histórica”, y la de los perdedores, que usualmente sólo se conoce después de mucho tiempo. El caso de la guerra contra las drogas no es la excepción. Por un lado tenemos la versión oficial: aquella producida por los gobiernos estadounidenses y reproducida a nivel mundial por más de cuatro décadas. Como lo he explicado, esta versión oficial simplifica la guerra contra las drogas en una narrativa de buenos y malos. Los narcotraficantes se representan como una amenaza para la sociedad, y el gobierno se plantea como el protector de los ciudadanos.

No obstante, incluso aunque adoptáramos esta versión de la historia, aún nos falta conocer la versión de quienes se han construido como el “enemigo”: los narcos. Recordemos que la historia la escriben los triunfadores, y aunque en esta guerra no existe un ganador, sí existen actores que se benefician al perpetuarla y no suelen ser quienes se enfrentan en el campo de batalla. Por consiguiente, escuchar la voz de la contraparte no sólo es deseable para alcanzar una mirada más objetiva sino también indispensable para entender este conflicto en todas sus dimensiones. Los narcotraficantes tienen un conocimiento clave sobre la guerra contra las drogas que la historia oficial encubre. Por ejemplo, la corrupción de los gobiernos, y la participación de diversas instituciones, industrias y políticos que hacen posible que el narcotráfico a nivel internacional exista y se expanda. Esta información es necesaria para aquellos que intentamos dilucidar cómo poner fin a la violencia del narcotráfico.

Escuchar la versión del “enemigo” no significa ni justificar sus delitos ni romantizar o glorificar la figura del narco. Desde los gobiernos y desde la academia, especialmente desde la criminología, se ha recurrido a la táctica de hablar con los perpetradores. Con base en ese saber, se formulan diagnósticos y estrategias de prevención tomando en cuenta el modus operandi y la lógica detrás de sus acciones. En este sentido, es fundamental incluir la perspectiva de los narcotraficantes en cualquier análisis que busque exponer y hacer rendir cuentas a quienes buscan lucrar tanto de la venta de drogas ilegales, como con la guerra misma contra el narcotráfico.

\*\*\*

En esta primera parte he presentado la evidencia y los argumentos que demuestran que la historia oficial es más bien un conjunto de mitos que producen una narrativa simplista que impide que tengamos una perspectiva clara y racional sobre las drogas y la guerra contra el narcotráfico. En la segunda parte narraré doce historias de vida de hombres que alguna vez trabajaron en el crimen organizado.

Mi objetivo es mostrar el rostro humano de aquellos que se nos han presentado como “los otros”, y cuyas muertes se han justificado porque son “el enemigo”. Esta versión nos ha ocultado que, gracias al sistema socioeconómico que promueve y defiende esta guerra a toda costa, el enemigo, en términos generales, nace siendo víctima y crece pensando que su vida no vale nada. Al decir que los perpetradores han sido también víctimas mi intención es resaltar un aspecto estructural que el discurso oficial invisibiliza, no justificar los crímenes que cometieron. Entiendo que se pueda interpretar de esta manera, porque estamos acostumbrados a ver el conflicto del narcotráfico en blanco y negro. La realidad de los protagonistas, no obstante, abarca una amplia gama de tonos de grises que salen a la luz en sus narrativas, y que revelan todas las esferas de la realidad, más allá del tráfico de sustancias.

En mi vida hay un antes y un después de realizar esta investigación. Hay imágenes que no puedo olvidar y atrocidades que ya no puedo ignorar. En un principio exploré racionalmente estas historias. Ahora, a la distancia y con la perspectiva que sólo el tiempo puede conceder, me he aventurado a examinarlas desde un ángulo humanitario. Invito a los lectores me acompañen en este recorrido hacia una comprensión más humana de una realidad que no debemos seguir simplificando.

---

<sup>i</sup> Fazio, *TERRORISMO MEDIÁTICO*.

<sup>ii</sup> Ferragut, *A Silent Nightmare*.

<sup>iii</sup> Gfroerer, *War Stories from the Drug Survey*.

<sup>iv</sup> Lopez, «The War on Drugs, Explained».

<sup>v</sup> Gfroerer, *War Stories from the Drug Survey*.

<sup>vi</sup> Crick, «Drugs as an Existential Threat».

<sup>vii</sup> Ferragut, *A Silent Nightmare*.

<sup>viii</sup> GCDP, «The Global Commission on Drug Policy».

<sup>ix</sup> Taylor, Buchanan, y Ayres, «Prohibition, Privilege and the Drug Apartheid».

<sup>x</sup> Boland, «British Drugs Policy».

<sup>xi</sup> Nutt, «A Tale of Two Es».

<sup>xii</sup> Ferragut, *A Silent Nightmare*; Taylor, Buchanan, y Ayres, «Prohibition, Privilege and the Drug Apartheid».

<sup>xiii</sup> Nutt, King, y Phillips, «Drug Harms in the UK».

<sup>xiv</sup> World Drug Report United Nations, «World Drug Report 2020».

<sup>xv</sup> García Reyes, «New Working Paper»; Le Cour, Granmaison, y Smith, «The U.S. Fentanyl Boom and the Mexican Opium Crisis».

<sup>xvi</sup> Ferragut, *A Silent Nightmare*.

<sup>xvii</sup> Boland, «British Drugs Policy».

<sup>xviii</sup> Hart, «High Price: A Neuroscientist’s Journey of Self-Discovery That Challenges Everything You Know About Drugs and Society (P.S.) eBook: Hart, Carl: Amazon.co.uk: Kindle Store».

<sup>xix</sup> Nájjar, «Por qué atrapar a grandes capos no acaba con la violencia del narcotráfico en México sino la empeora».

<sup>xx</sup> Astorga, «El tráfico de armas de Estados Unidos hacia México. Responsabilidades diferentes»; Ferragut, *A Silent Nightmare*; Mercille, «Violent Narco-Cartels or US

---

Hegemony?»; Naim, *Illicit*; Vulliamy, *Amexica*; Young y Woodiwiss, «A World Fit for Money Laundering».

<sup>xxi</sup> Young y Woodiwiss, «A World Fit for Money Laundering».

<sup>xxii</sup> Relea, «Calderón, presidente electo de México».

<sup>xxiii</sup> The Guardian, «Mexico Rethinks Drugs Strategy as Violence Escalates».

<sup>xxiv</sup> Hernández, «El Traidor. El Diario Secreto del Hijo del Mayo / The Traitor. the Secret Diary of Mayo's Son: Amazon.co.uk: Hernandez, Anabel: 9781644731505: Books».

<sup>xxv</sup> Casas-Zamora, «Mexico's Forever War»; Chabat, «La respuesta del gobierno de Calderón al desafío del narcotráfico: Entre lo malo y lo peor»; Rios, «How Government Coordination Controlled Organized Crime».

<sup>xxvi</sup> Anyone's Child, «Get the Facts».